

## EL SUJETO DE LA CATEQUESIS EN LA SICOPEDAGOGIA DE SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

Tanto el educador como el catequista necesitan poseer un conocimiento previo del modo de ser y obrar del niño, para que su labor sea verdaderamente eficaz. Esta verdad, que parece una conquista de la pedagogía actual, la pregonó ya San Juan Bautista de La Salle. En sus escritos encontramos observaciones muy certeras sobre las idiosincrasias infantiles, que contribuyen a dar a su sicopedagogía un sello de evidente modernidad.

### ESTADO DE LA CUESTIÓN.

Puerocentrismo y adaptación son, a no dudarlo, los dos grandes centros de interés de la llamada «educación nueva». La idea de adaptación, que, en realidad, no es más que una consecuencia del puerocentrismo, exige que el educador se acomode al niño en las diferentes etapas de su evolución. De donde la necesidad, por parte de aquél, de profundizar en los estudios de Psicología genética, que le permitan captar la realidad viva y fluente de éste en cada momento de su proceso evolutivo, y ajustar a ella los adecuados procedimientos didáctico-educativos.

La «pedagogía nueva» se jacta, no sin razón, de haber sido la principal impulsora de los estudios en torno al conocimiento del niño. Mas yerra al acusar a la «pedagogía tradicional» de haberlos desdeñado o, al menos, descuidado y, en consecuencia, haber desconocido la psicología infantil.

Mucho antes que Rousseau iniciase el movimiento psicocéntrico, existía ya una psicología del niño, nada científica si se quiere, puramente empírica, basada en la observación, pero no por eso menos real, que los educadores tuvieron siempre en cuenta.

No se puede negar, sin embargo, que ha sido sobre todo a partir de Rousseau cuando se ha trabajado por llegar al conocimiento del niño como tal. Y que ese conocimiento, más científico y, por

ende, más real y de perspectivas educativas más fecundas, es una conquista del movimiento de la «educación nueva».

Hoy, decirlo suena a tópico, todos los pedagogos abogan por la necesidad de conocer científicamente al niño. En la formación profesional del maestro se insiste en que se amplíen las materias psicológicas y pedagógicas, con miras al estudio más profundo del sujeto de la educación por parte del educador. El estudio de la sicología y caracterología infantil y juvenil se ha convertido en apremiante postulado de la pedagogía.

#### EL CONOCIMIENTO DEL NIÑO EN LA SICOPEDAGOGÍA LASALIANA.

Entre los teóricos y prácticos de la educación anteriores a Rousseau que más paladinamente han abogado por la necesidad que tiene el maestro de conocer al discípulo, como condición de fecundidad en la tarea educativa, hay que colocar, sin género de duda, a San Juan Bautista de la Salle.

Cierto que los medios que preconiza para conseguirlo no llegan aún a la categoría de científicos. Sólo alude a la observación, al interrogatorio y a la entrevista, como técnicas de adentramiento en el *modus essendi* del discípulo. ¿Mas no son éstos, en fin de cuentas, considerados aun hoy como métodos eficaces de la sicología experimental?

Quien haya leído las *Meditaciones* y, sobre todo, la *Guía de las escuelas*, no podrá negar a La Salle un puesto entre los más destacados cultivadores de la sicopedagogía, y en particular de la sicología del niño, si bien enfocadas con orientación eminentemente práctica. Tiene, pues, razón Trenchs Boada<sup>1</sup> al decir que con La Salle empieza a tener la sicología del niño carácter técnico, aunque dentro de su empirismo.

Al igual que la pedagogía moderna, la pedagogía lasaliana sienta como postulado y principio la necesidad de partir del conocimiento del niño para una acción educativa verdaderamente fecunda. Mejor aún: siendo el maestro quien en última instancia determina y orienta el hecho educativo, como agente principal externo del mismo, La Salle proclama sin ambages la necesidad en que se encuentra aquél de conocer al sujeto sobre quien ha de actuar. Su literatura está sembrada de textos luminosos que confirman nuestro anterior aserto. Valga por todos el siguiente:

<sup>1</sup> J. TRENCHS BOADA, *La Filosofía de la Educación en René Le Senne*, «Revista Calasancia», 3 (1957) 53-54.

«Por ser los niños tan débiles de espíritu como de cuerpo, y por carecer de luces para obrar el bien..., necesitan, para caminar por el sendero de la salvación, las luces de guías expertos que tengan suficiente experiencia de los defectos más ordinarios de los jóvenes, para que puedan dárselos a conocer, a fin de preservarles de caer en ellos»<sup>2</sup>.

Es más. La pedagogía lasaliana impone al maestro una como especie de obligación de entregarse al estudio de la sicología infantil y juvenil, al prescribirle que antes de actuar en una clase conozca los *diferentes caracteres de los escolares que la componen*<sup>3</sup>.

Precepto éste que podrá parecer extraño e imposible de realizar. ¿Cómo, en efecto, conocer el carácter de los escolares antes de enfrentarse con ellos? Porque no se trata aquí de un conocimiento *in genere*, sino, y ésta es la gran novedad de la sicopedagogía lasaliana, de un conocimiento diferencial, según se deduce del texto arriba citado. La aporía se resuelve si tenemos en cuenta los famosos «*registros de cualidades buenas y malas*», cuya misión consiste precisamente en eso: en ilustrar al maestro sobre el modo de ser de sus discípulos, aun antes de haberlos tratado personalmente<sup>4</sup>.

La clave de esta insistencia en la necesidad, por parte del maestro, de llegar al conocimiento profundo del niño la encontramos en el hecho de que La Salle le desea «*excelente conductor*»<sup>5</sup> de los que le están confiados. Mas para ser excelente conductor, impónese como requisito indispensable el perfecto conocimiento del objeto dirigido, y más tratándose de seres tan complejos y polifacéticos como lo son el niño y el adolescente.

Subrayemos, por otro lado, que, cual perfecto realista, aunque La Salle aconseje a su maestro acudir a la oración en busca de luces para asegurar la misión de excelente conductor<sup>6</sup>, no se contenta sólo con ello. La oración es factor sobrenatural indispensable. Pero exige y necesita como complemento necesario el factor humano del estudio, de la observación y del propio esfuerzo personal.

#### LA REALIDAD TOTAL DEL EDUCANDO.

En la *martha* ascensional hacia el conocimiento del educando, nos encontramos con que el maestro actúa sobre individuos bautizados, maravillosa y espléndida realidad que no podía pasar inad-

<sup>2</sup> *Meditaciones*, 197, 3.

<sup>3</sup> Ms, 44, pp. 59-60.

<sup>4</sup> Cfr. *Conduite*, pp. 59-60.

<sup>5</sup> *Meditaciones*, 197, 3.

<sup>6</sup> *Ibid.*

vertida a La Salle, quien, a su vez, no quiere tampoco que se le oculte al maestro.

Por su condición de bautizado, el educando se presenta al educador con dos facetas: como hombre y como cristiano.

En realidad, esta distinción es meramente lógica. Ontológicamente, no cabe la desintegración del educando en planos o compartimientos estancos. El hombre perfecto, íntegro y cabal, tal como fue querido por el Creador, es el que reúne, en síntesis inefable, ambas realidades, la natural y la sobrenatural. Cuando se prescinde o pretende prescindir del elemento sobrenatural, sólo quedan seres mutilados, despojados de su más íntima y exultante realidad. En efecto, «el hombre, de hecho, no vive ni ha vivido nunca en estado de naturaleza pura ni de naturaleza íntegra. Vive en estado de naturaleza elevada, caída y reparada. Su perfección tiene que estudiarse y lograrse teniendo presente el dogma del pecado original y el de la redención, tal como Jesucristo la ha realizado y aplicado a los hombres»<sup>7</sup>.

Empero, nosotros aquí, y por razones de orden práctico, haremos una dicotomía en el sujeto de la educación, considerando primero su realidad en el plano sobrenatural, descendiendo después a estudiarlo en el orden natural, siempre, bien entendido, apoyándonos en el pensamiento de San Juan Bautista de la Salle.

#### LA REALIDAD SOBRENATURAL DEL EDUCANDO.

Desde el plano sobrenatural, La Salle presenta al educando en su altísima dignidad de hijo de Dios, miembro de Jesucristo, templo vivo del Espíritu Santo<sup>8</sup>, y consagrado a la Santísima Trinidad, cuyo sello lleva impreso en el alma<sup>9</sup>.

Cierto que dichas realidades se ocultan a la simple observación. Ciertamente que no disponemos de instrumentos para su exploración, perteneciendo, como pertenecen, al mundo sobrenatural, al que sólo tenemos acceso por la fe. Mas, insistimos, no por eso dejan de ser realidades vivas y operantes en el educando. No puede, pues, el maestro actuar al margen de ellas, despreciándolas o ignorándolas, so pena de escamotear lastimosamente la realidad del dis-

<sup>7</sup> B. JIMÉNEZ DUQUE, *En qué consiste la perfección cristiana*, «Revista Española de Teología», 8 (1948) 617.

<sup>8</sup> *Devoirs du chrétien*, I, p. 412 y *Meditaciones*, 205, 2.

<sup>9</sup> *Meditaciones*, 46, 2.

cúpulo en su entidad más profunda, y quedarse, por lo mismo, a medio camino en el proceso educativo.

#### SUPERACIÓN DE LA ANTINOMIA HOMUNCULISMO-INFANTILISMO.

Desde el punto de vista de la sicología genética del niño, La Salle es más bien parco en adelantar nociones al maestro. Hace, sin embargo, alusiones a ella, las cuales van a darnos pie para alguna fecunda consideración.

La Salle presenta, ante todo, al niño dotado de «inteligencia más ruda» que la del adulto, por estar como subsumida por los sentidos y la materia. Mas, dotado al mismo tiempo de irresistible dinamismo vital, de esa primitiva «masa de carne» se va desprendiendo con el tiempo el espíritu, y afinándose poco a poco<sup>10</sup>.

No parece, pues, aventurado afirmar que también La Salle tercia, a su modo, en la contienda entablada en torno a las posiciones extremas del infantilismo rusoniano y del homunculismo lockiano, sin estacionarse en ninguna de ellas.

El niño para él no es precisamente un hombre en pequeño, un *homunculus*. Admite que la infancia tiene, como afirmará más tarde explícitamente Rousseau, su valor propio, su razón de ser y su idiosincrasia peculiar. De ahí que en el proceso educativo-instructivo necesite un tratamiento adecuado.

Los niños —dice— «necesitan que se les expongan las verdades cristianas [y, *mutatis mutandis*, todas las demás] encubiertas al espíritu humano, de modo más sensible y proporcionado a la cordedad de su ingenio». Y tanto es así, que «si esto les falta, permanecen muchas veces toda su vida ignorantes e insensibles respecto de las cosas divinas, e incapaces de comprenderlas y saborearlas»<sup>11</sup>.

«El error más grave —comenta a este propósito un autor moderno repitiendo a La Salle— tanto en la enseñanza como en la educación, error desgraciadamente demasiado extendido aún hoy día, consiste en 'atribuir al niño todas las posibilidades del adulto', y, en el terreno religioso, suponer que el Espíritu Santo se complace en adelantarse milagrosamente a la naturaleza, e incluso en contradecirla, cuando el mismo Papa Pío XII ha declarado textualmente que 'la comprensión de las verdades de la fe está necesariamente limitada en el niño por su capacidad intelectual'»<sup>12</sup>

Desde luego, nunca se podrá intentar, en nombre de la sicología del educando, la más mínima modificación de las verdades de la fe. Pero las aportaciones de la sicopedagogía permitirán al cate-

<sup>10</sup> *Meditaciones*, 197, 1.

<sup>11</sup> *Ibid.*

<sup>12</sup> BOYER, *L'initiation chrétienne des petits*, Les éditions de l'école, París [1952], II, p. 8.

quista adaptar mejor el lenguaje, los procedimientos, las formas de presentar las verdades de la fe y las aplicaciones prácticas a la capacidad mental del niño y al nivel del desarrollo de su conciencia.

Sin olvidar nunca el carácter eminentemente sobrenatural del mensaje que pretende transmitir el catequista, le interesa a éste, e incluso le obliga, el conocimiento de los aspectos de la vida mental y del comportamiento del niño, ya que, en cuanto mensajero, necesita llegar hasta el interlocutor, ser comprendido de él y persuadirle, a fin de arrancarle un sí libre al mensaje que le propone.

Empero, la infancia, por otra parte, no es algo estático, ni algo que tenga valor exclusivamente en sí, como un punto de llegada. Es algo dinámico, en continuo devenir. Un proceso en lenta ascensión hacia la madurez. De donde se sigue que no podemos considerarla, como defienden el infantilismo rusoniano y los sicopedagogos partidarios de la ley biogenética de Haeckel, como algo que pueda ser totalmente desvinculado del adulto.

Es preciso, pues, que el educador tenga fuertemente asidos ambos extremos de la cadena. Que en la dialéctica educativa no pierda un momento de vista el *terminus a quo*, el niño, y el *terminus ad quem*, el hombre, el adulto. Quiere esto decir que en la tarea educativa se han de integrar ambos extremos, niño-adulto, con el fin de evitar graves errores educacionales. Que la educación debe tener en cuenta, por una parte, la realidad actual del sujeto sobre el que obra, dentro de su constante devenir, respetando «las características propias del que no ha llegado a su perfecto desarrollo». Y por otra, que se le debe formar «con vistas a su actividad futura y a su condición de hombre, para obviar el peligro de puerilizar la educación y quitarle su sentido, que justamente le viene de que el niño es niño, pero está haciéndose hombre, y en cuanto es así, puede tener la cualidad de sujeto educando»<sup>14</sup>.

Hemos visto cómo La Salle postula que el maestro tenga en cuenta el *terminus a quo* de la educación. Mas no pretende que se detenga, al modo de Rousseau, en una beatífica y estéril contemplación de la infancia. Recuérdale que al mismo tiempo ha de tener presente el *terminus ad quem*, al hombre de mañana que se halla incoado en el niño de hoy, cuando, proyectando al educando en su realidad futura, quiere que vea en él, ya desde ahora, un miembro

---

<sup>13</sup> V. GARCÍA Hoz, *La escuela como situación de tránsito*, «Revista Española de Pedagogía», 11 (1953) 146.

de la sociedad. Lo cual equivale a considerarle en función del adulto, hacia donde camina en un proceso ininterrumpido<sup>14</sup>.

#### REALISMO MORAL FRENTE AL BINOMIO OPTIMISMO-PESIMISMO.

Si la consideración psicológica del educando ha oscilado históricamente entre los polos extremos del tradicional homunculismo y del moderno infantilismo, la concepción moral del mismo tampoco se ha visto libre de oscilaciones violentas entre el utópico optimismo rusioniano y el pesimismo antropológico luterano-jansenista.

La pedagogía lasaliana se va a mantener a igual distancia de ambos viciosos extremos, siguiendo en esto la doctrina tradicional del dogma católico. Ni el educando es naturalmente bueno, afirmará La Salle contra Rousseau, pues nace tarado con el pecado original; ni tampoco su naturaleza es esencialmente mala, ya que, en contra de la doctrina luterano-jansenista, el pecado no la ha viciado radicalmente ni en su ser ni en su obrar<sup>15</sup>.

El realismo ortodoxo será, pues, la única posición que defenderá la pedagogía lasaliana, frente a la concepción moral del educando. El cual realismo, sin disimular las taras que agobian al niño, como residuos del pecado original, pondrá también de relieve las posibilidades que su naturaleza ofrece a la educación, colocándose, por lo mismo, entre los defensores de un prudente y templado optimismo educacional.

Fiel a esa concepción realista frente al hombre en general, La Salle nos le presenta primero en su faceta negativa, sin temor a recargar las tintas, aunque manteniéndose siempre dentro de la ortodoxia doctrinal. Siguiendo una escala ascendente, le considera «tan material y basto» (*matériel et grossier*), que no se inclina gustosa y espontáneamente sino a las cosas exteriores, con descuido de las espirituales e interiores<sup>16</sup>, tan propenso al pecado, que parece no encontrar más placer que cometerlo<sup>17</sup>.

Podríamos pensar que, tratándose del niño, La Salle atenuará en buena medida ese concepto negativo y pesimista, habida cuenta de sus pocos años. No es así, sin embargo. Antes lo va a reforzar. En efecto, continuando el desarrollo del pensamiento contenido en el

---

<sup>14</sup> *Meditaciones*, 160, 3; 194, 1 y 3.

<sup>15</sup> Cfr. Concilio de Trento sesión VI: *Decreto sobre la justificación*, cap. I. Denz., 793.

<sup>16</sup> *Devoirs d'un chrétien*, I, p. 199.

<sup>17</sup> *Meditaciones*, 203, 2.

párrafo anterior, afirma sin ambages ni paliativos que eso ocurre particularmente en los niños, quienes, por no tener aún formado el juicio y no ser capaces de largas y profundas reflexiones, parece que no tienen otra propensión que la de dar gusto a sus apetitos y sentidos, satisfacer las inclinaciones de la naturaleza<sup>18</sup> y, por consiguiente, dejarse arrastrar por el pecado<sup>19</sup>. En consecuencia, no oculta al maestro lo arduo de su labor y las dificultades y resistencias que va a encontrar en ella, debido precisamente a esa propensión al mal en el educando, a la que tendrá que hacer frente decididamente y con optimismo<sup>20</sup>.

Claro que La Salle hace explícitamente distinción entre la malicia formal que entrañan las acciones perversas del adulto y las del niño. Precisamente la mayor debilidad de éste, tanto de espíritu como de cuerpo, y la carencia de luces para el bien<sup>21</sup> hacen que caiga de ordinario en faltas, porque realiza muchas cosas sin reflexión<sup>22</sup>, lo cual, naturalmente, actúa como circunstancia atenuante de la malicia formal de sus acciones desordenadas.

Mas no por esto débese inquietar menos el educador. Si en la mayoría de los casos muchas acciones pecaminosas del niño sólo encierran malicia y desorden materiales, ello no obsta para que con la repetición se vayan creando en él hábitos viciosos que importa atajar desde los primeros síntomas, so pena de verse el educando desbordado y esclavizado pronto y definitivamente por ellos. A esto alude La Salle cuando, ya en el umbral de las *Reglas*, advierte, con profundo sentido psicológico, que los desórdenes de los adultos provienen ordinariamente de que «fueron abandonados a sí mismos y muy mal educados en sus primeros años, lo cual es casi imposible remediar en edad más avanzada, por cuanto los malos hábitos contraídos entonces no se desarraigan sino muy difícilmente, y casi nunca por completo, por grande que sea el cuidado que se tome en destruirlos, ora con frecuentes instrucciones, ora con el uso de los sacramentos»<sup>23</sup>.

No será inútil volver sobre la afirmación de que la debilidad connatural en el niño hace que se deje arrastrar fácilmente por el pecado o, al menos, por las tendencias materialmente pecaminosas.

---

<sup>18</sup> *Ibid.*

<sup>19</sup> *Meditaciones*, 56, 2.

<sup>20</sup> *Meditaciones*, 161, 2.

<sup>21</sup> *Meditaciones*, 197, 3.

<sup>22</sup> *Meditaciones*, 203, 1.

<sup>23</sup> *Reglas*, cap. I.

La Salle le considera particularmente desarmado frente al mal ejemplo:

«¡Qué poco basta —exclama refiriéndose al pernicioso y asolador influjo de las malas compañías— para cambiar la buena disposición de los niños y de los jóvenes!»<sup>24</sup>.

Al escucharle, cuando con angustiosa insistencia alude a los funestos efectos que el mal ejemplo produce en los niños, se diría que estamos en presencia de un ferviente partidario del pesimismo social rusoniano. Al fin y al cabo, tampoco para La Salle la causa más frecuente de los extravíos del niño es la malicia de su corazón, sino que, en cierto modo, éstos denuncian un origen social:

«Una de las cosas que más contribuyen a perder la juventud es la frecuencia de las malas compañías. Pocos se extravían por la malicia de su corazón; la mayor parte se corrompen a causa de las malos ejemplos y de las ocasiones de pecar que encuentran»<sup>25</sup>.

Es ésta, a no dudarlo, una de las afirmaciones pedagógicas importantes de San Juan Bautista de la Salle. Por otra parte, el aplomo con que la expresa nos dice bien a las claras que no se trata de una afirmación apriorística, sino que es fruto de experiencia largamente vivida como pedagogo y director de almas.

No se pretenda ver en él, por lo mismo, de cerca o de lejos, un precursor *sui generis* del pesimismo social rusoniano. Cualquier educador medianamente entendido en problemas infantiles o juveniles habrá comprobado muchas veces esta amarga realidad y convendrá sin dificultad con la doctrina lasaliana. Ciertamente que para el dogma católico el niño no es perfectamente bueno al salir de las manos del Autor de las cosas. Ciertamente que, *de iure*, tampoco degenera en las manos del hombre. Mas, *de facto*, en la mayoría de los casos, la sociedad, el contacto con sus semejantes, es la primera y única causa externa de su precoz degeneración moral. Por eso, quienes educan a los niños —repite insistentemente La Salle— nada deben cuidar tanto como impedir que sean seducidos por los malos ejemplos y por las malas compañías<sup>26</sup>.

Y no puede contentarse el educador con un cuidado ordinario. Tiene que ir más allá. No sin cierta angustia se lo recuerda La Salle, pidiéndole que tan hundida tenga en el alma la urgencia de esta obligación suya, que llegue a crear en él un estado de santa inquietud. Inquietud que le mueva a poner en juego cuanto esté de

<sup>24</sup> *Meditaciones*, 115, 1.

<sup>25</sup> *Meditaciones*, 56, 2.

<sup>26</sup> *Ibid.*

su parte, para neutralizar, a toda costa, los influjos deletéreos de la sociedad <sup>27</sup>. Por lo demás, esta precaución es condición indispensable para asegurar la eficacia de la tarea educadora. Toda la labor del maestro se vería indefectiblemente comprometida si no empezase por eliminar de la circunstancia del discípulo el influjo de moleador de los factores reseñados <sup>28</sup>.

#### OPTIMISMO PEDAGÓGICO.

Mas he aquí que por este camino La Salle lleva al maestro como de la mano a una concepción más optimista del educando, presentándole el anverso de la medalla, cuyo reverso le ha venido ofreciendo hasta ahora.

Ya sabemos, nos lo acaba de decir, que el niño no es tan malo. Sin negar su ingénita inclinación al mal, consecuencia del primer pecado, su depravación, en la mayoría de los casos, procede de causas ambientales, exteriores. Entre éstas hemos señalado las malas compañías y el mal ejemplo. Hay otras, además, que vienen a favorecer la acción de las primeras. La Salle subraya entre ellas el descuido y abandono del niño por parte de sus padres. La *Guía* efectivamente, advierte, al hablar de los defectos que manifiestan algunos escolares, que:

«A veces tales defectos no obedecen a que tengan el corazón y el espíritu mal inclinados sino a que se les deja abandonados a sí mismos» <sup>29</sup>.

Pensamiento que se repite y clarifica en las *Meditaciones*:

«Hemos de considerar a los niños cuya instrucción nos está encomendada, como a huérfanos pobres y desamparados. En efecto, aunque la mayoría tengan padre en la tierra, hállese como si no lo tuvieran, y como dejados a sí mismos en lo concerniente a la salvación de su alma» <sup>30</sup>

El oscuro cuadro moral infantil se va iluminando. Ya no son en él todo sombras. A aquellas primeras pinceladas un tanto pesimistas, aunque sin saltar la valla de la ortodoxia, se van yuxtaponiendo otras, como llamada al optimismo esperanzador respecto del educando. En este camino, La Salle empieza estableciendo una división general de los escolares desde el punto de vista moral. Unos son licenciosos e inclinados al mal; otros son buenos o, al menos, tienen inclinación al bien <sup>31</sup>. Algunos se dejan fácilmente seducir por los

<sup>27</sup> *Meditaciones*, 60, 3.

<sup>28</sup> *Meditaciones*, 37, 2.

<sup>29</sup> *Conduite*, p. 163.

<sup>30</sup> *Meditaciones*, 37, 3.

vicios; otros, de sí mismos, se entregan al bien y son inclinados a la piedad<sup>32</sup>. Visión realista del educando; visión optimista, en definitiva. Porque mejor que establecer una división radical en dos grupos, con tendencias opuestas, resulta que cada uno de los educandos ofrece en su persona esa contradicción de un anverso positivo y un reverso negativo. De suerte que junto a las tendencias e inclinaciones depravadas presenta una capacidad insospechada para el bien. De la habilidad y del arte del maestro depende el conseguir pulsar las fibras que permitan actualizar la potencialidad para el bien que el educando lleva soterrada en el fondo de su naturaleza, llegando así a contrarrestar las tendencias opuestas<sup>33</sup>.

El fondo del cuadro se ilumina más y más. Pues si es cierto que en el educando existe, como en todo hombre, la lucha angustiosa de que nos habla el Apóstol, entre la parte espiritual y la carnal<sup>34</sup>, no lo es menos que la educación, es decir, la acción del maestro, *ayudado de la gracia*, puede inclinar la victoria del lado espiritual<sup>35</sup>. He aquí por dónde La Salle nos ha introducido en las claridades de un optimismo pedagógico-moral, que le mueve a exclamar, consecuente con su doctrina:

«Qué beneficio tan grande es haber sido bien educado! Por este medio se adquieren con facilidad muchas virtudes, porque las inclinaciones de los jovencitos se doblegan sin dificultad y reciben sin grande esfuerzo la orientación que se las imprime»<sup>36</sup>.

Conviene, pues, que la educación sistemática empiece lo antes posible, debido a que, por la mayor plasticidad del educando en sus primeros años, la tarea educativa se vuelve mucho más fácil y eficaz. Y esto no solamente porque «los hábitos virtuosos cultivados cuando uno es joven hallan menos obstáculos en la naturaleza corrompida», sino, además, porque la misma plasticidad de la tierra virgen del alma infantil hace que «esos hábitos virtuosos echen entonces raíces más profundas en los corazones»<sup>37</sup>. De tal suerte que sus huellas difícilmente podrán borrarse del alma del niño, aun en el supuesto de que se extravíe andando el tiempo y, aparentemente, sea como destruida en él la obra de la primera educación. Visión optimista que ha inspirado a La Salle este alentador pasaje en el primer punto de la meditación sobre Santa Teresa:

<sup>31</sup> *Meditaciones*, 186, 3.

<sup>32</sup> *Meditaciones*, 56, 1.

<sup>33</sup> *Meditaciones*, 186, 3.

<sup>34</sup> Rom. VIII, 14-23.

<sup>35</sup> *Meditaciones*, 56, 3.

<sup>36</sup> *Meditaciones*, 186, 1.

«¡Dichoso el que empieza a servir a Dios desde sus primeros años! Porque habiendo mamado con la leche la piedad, ésta se adueña de tal suerte del corazón, que es casi imposible perderla luego enteramente. Podrá suceder que por algún tiempo padezca menoscabo...; pero como los principios perduran aún en el alma, renace insensiblemente y produce nuevos frutos»<sup>37</sup>.

Y aquí interesa destacar una observación que encontramos en el Reglamento de San Yon. Es una especie de anticipo de las modernas clasificaciones de las etapas evolutivas del niño y de su coeficiente educacional. Descartando las hoy llamadas primera y segunda infancia, sobre las que no puede actuar directamente el maestro, por no corresponder prácticamente al estadio escolar, la pedagogía lasaliana considera como edad óptima y de máximos resultados educacionales la comprendida entre los siete y catorce años. Precisamente la tercera infancia y preadolescencia, que abarcan propiamente el período escolar. Leemos, en efecto, en el documento aludido:

«La edad más conveniente para recibir pensionistas es la de siete a catorce años; tienen entonces el espíritu dócil y pueden progresar más fácilmente que en edad más avanzada»<sup>38</sup>.

Con esto no pretende negarse, ya se entiende, la necesidad y la importancia de la educación en los estadios anteriores. La Salle acaba de decirnos que, en cierto modo, debe mamarse con la leche materna, con lo cual se adelanta a las teorías educacionales del moderno psicoanálisis. Tampoco se renuncia a ella en los períodos críticos de la pubertad y adolescencia. De hecho, en los internados se considera edad ideal para completar los estudios y, consecuentemente, la educación, la comprendida entre los catorce y los dieciocho años<sup>40</sup>. Mas, conforme con los datos de la moderna *sicopedagogía*, considérase como edad óptima para el aprendizaje en general y la formación de hábitos, el estadio evolutivo del escolar comprendido en este período de tiempo, decisivo, por otra parte, para la formación del hombre futuro, tanto más cuanto que la mayoría de los escolares ingresa en el mundo laboral al terminar esa etapa de la evolución humana, sin esperar a su total madurez, pasada la crisis puberal.

Carlos ALCALDE, F.S.C.

<sup>37</sup> *Meditaciones*, 194, 3.

<sup>38</sup> *Meditaciones*, 177, 1.

<sup>39</sup> Reglamento de San Yon, cfr. *Annales*, I, p. 339.

<sup>40</sup> Cfr. el *Coutumier* del internado de Marsella, donde se dice textualmente, hablando de la edad de los pensionistas: «On les prenait depuis l'âge de 8 à 9 ans jusqu'à 16 ou 18» (A. C. G., HAM).